

de Cusa, nos propone en «Raimundus Lullus und Nicolaus Cusanus: ihr Umgang mit der Bibel in der Bibel in der Predigt» un estudio comparativo de la predicación de Llull y del cusano, a partir del conocimiento que el segundo tenía del *Liber de praedicatione* luliano.

Walter Andreas Euler en «Die Apologetik der christlichen Glaubenslehren bei Ramon Lull und Ramon Sibiuda» nos proporciona un interesante estudio sobre las relaciones entre la apologética luliana y el *Liber creaturarum* del todavía misterioso filósofo catalán del prerrenacimiento Ramon Sibiuda (o Sabunde), directamente influido por las obras del mallorquín. Ambos parten de un tipo de argumentación similar, de tipo ascendente, desde las criaturas hacia Dios, a través de una exaltación de la naturaleza creada como reflejo de la divinidad, que encuentra su máxima expresión en la encarnación de Dios en un hombre.

Precisamente esta especie de «antropocentrismo» teologizado, aunque todavía dependiente del teocentrismo, es lo que conecta a nuestro filósofo, a través de Sibiuda, con cierta corriente del pensamiento renacentista. La última de las contribuciones del volumen, la de Anthony Bonner, «El arte luliano como método, del Renacimiento a Leibniz», se centra precisamente en el lulismo del Renacimiento, y en concreto en la recepción que del arte luliano hizo esta época, concibiéndola como un «método de métodos», un sistema total para la adquisición de las artes y las ciencias.

En conjunto, pues, los estudios recogidos en el volumen destacan por el rigor de sus planteamientos y por la calidad del trabajo, constituyendo una aportación necesaria para quienes deseen acercarse al pensamiento de un autor como Llull, tan destacado por la influencia que ejerció en la filosofía europea de los siglos XVI y XVII.

JOSEP E. RUBIO  
Universitat de València

Francisco J. Martínez López, Paula Luna Huertas, Rodrigo Fernández Carrión, José L. Salmerón Silvera, *Internet para investigadores (Relación y localización de recursos en la Red para investigadores y universitarios)*, 2.ª ed., Huelva, Universidad de Huelva, 1998.

Internet está llamada a revolucionar nuestros modos de comunicación, desde los más cotidianos y personales a los más universales y científicos... Internet como un nuevo medio de transmisión del saber, un nuevo medio que nace de la mano de las nuevas tecnologías informáticas (los nuevos dioses que se van imponiendo al final de un milenio), al margen del *codex*, de ese código que en la Alta Edad Media sustituyó el rollo romano y que desde la imprenta ha ido adquiriendo una forma externa peculiar y familiar. Por esta razón, no ha de verse ni entenderse Internet como un medio de sustitución sino como un medio de adición: se incorpora un nuevo medio de transmisión y comunicación tanto en el ámbito familiar como en el científico, sin que desaparezca el libro; se abren nuevos medios antes que levantarse nuevas fronte-

ras. Pero se trata de un nuevo medio que, pese a su juventud, ha recorrido ya diversos (y tortuosos) caminos y que ofrece hoy (no sabemos mañana) múltiples posibilidades que sólo el tiempo irá ampliando o modificando. Por este motivo, la segunda edición de *Internet para investigadores* resulta un libro necesario y muy útil, ya que no se queda en la mera exposición o en la descripción de unas posibilidades del hoy (siempre virtual y efímero) de Internet, sino que, con un lenguaje claro y en un tono didáctico (que se agradece después de tantas «feroces» traducciones de manuales ingleses), se va desbrozando la historia de este nuevo medio y las diferentes posibilidades (por muy específicas y obsoletas que sean) que ofrece, siempre con la vista puesta en su finalidad: la de facilitar a todos los investigadores la navegación por Internet, la de servir de guía (y norte) por las aguas siempre tempestuosas (y en tantas ocasiones engañosas) de las diferentes posibilidades de la Red de redes. Así se expresan sus autores: «Con esta publicación pretendemos compatibilizar la capacidad del investigador, su demanda de información y la escasa disponibilidad de tiempo para navegar. Por ello recogemos unas herramientas que van a permitir plena eficacia a cualquier investigador para localizar información pertinente para su trabajo, seleccionando esta información entre los millones de documentos incorporados a la Red» (p. 46).

Pero no debemos olvidar que estamos hablando de un medio de transmisión del saber, de documentos que hace tan solo unos decenios no era ni una posibilidad. Su implantación en nuestra vida cotidiana puede hacernos pensar que estamos ante un medio que, de la mano de la informática, ha ido modificándose y transformándose con lentitud. Nada que ver con la realidad. Internet es hijo de la guerra fría; medio que nace de la necesidad de las Universidades americanas de proteger su información y colaboración con la (potente) industria militar americana. En 1969, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América crea la primera red (ARPANET) que conecta los ordenadores de varias Universidades americanas; que se amplía de tal manera que en 1983 se decide crear una nueva red sólo dedicada a comunicaciones militares (MILNET). Y hace una década se inventó en el Laboratorio Europeo de Física de Partículas la *World Wide Web* que permitió la expansión definitiva de este nuevo medio. Será en 1992 cuando la Red de redes salga del ámbito universitario y se instale en nuestra vida cotidiana. 1963, 1983, 1992... y ahora no entenderíamos el inicio del siglo XXI sin la posibilidad de poder verlo a través de Internet.

Pero la llamada «telaraña mundial», la *World Wide Web* (esa dirección *www* que aparece al inicio de muchas de las páginas de Internet a las que accedemos) nos muestra una sola posibilidad de las múltiples que ofrece Internet, la herramienta más sofisticada (y de más sencillo uso), pero no la única que se ofrece en la Red. Algunas de ellas van siendo sustituidas por este nuevo instrumento, pero no hemos de olvidarlas. De este modo, en el libro se hablará de Telnet (la aplicación que permite conectar nuestro ordenador y actuar como si fuésemos un terminal más de otro ordenador remoto), que se utiliza en numerosas ocasiones cuando nos conectamos a los catálogos informatizados de algunas bibliotecas universitarias (pp. 28-30), de FTP (*File Transfer Protocol*), mediante el cual podemos transferir cualquier tipo de fichero entre

dos ordenadores conectados a Internet; como indican los autores, esta herramienta es muy útil especialmente para el trabajo en equipo de varios investigadores, incluso situados en espacios geográficos alejados, ya que pueden compartir al momento los ficheros y poder acceder a ellos después de ser introducidas las correcciones o cambios pertinentes (pp. 30-35); el correo electrónico, tanto de carácter personal como las listas de distribución o los foros de discusión (pp. 35-41); las conversaciones en línea, como el IRC (*Internet Relay Chat*), creado en agosto de 1988 para que los usuarios de la BBS gestionaran, discutieran y recibieran noticias en tiempo real (se utilizó especialmente en la reciente Guerra del Golfo y en los momentos de crisis política en Rusia en septiembre de 1993), o TALK, que funciona como una llamada telefónica personal (pp. 41-46); los antiguos medios para localizar y acceder a la información que aparece en Internet como Gopher (pp. 46-48), WAIS (*Wide Area Informations System*), que realiza búsquedas por contenido en grandes documentos o bases de datos textuales que cubren un gran arco de temas (pp. 48-49), o *Verónica* y *Jughead* que són (o fueron) motores de búsqueda para los servidores Gopher de la Red (pp. 49-50); así como los medios para localizar a usuarios de la red Internet, como *Finger*, que se puede ejecutar durante una sesión Telnet (pp. 51-52), *Whois*, que permite acceder a diversas informaciones (dirección del correo electrónico, puestos que ocupan en sus instituciones...) de los usuarios de la Red (pp. 52-53), o el *Directorio X.500* (pp. 53-54).

De este modo, y después de la lectura de estas páginas del libro, queda claro que no podemos asimilar Internet (la Red de redes) con la Telaraña Mundial, que es, sin duda, su herramienta principal, la que más posibilidades hoy en día ofrece y la más usada, pero no la única, en absoluto. La gran novedad, frente a los servidores antiguos antes mencionados, es que gracias a WWW se pueden transmitir documentos hipermedia a través de la Red. La palabra hipermedia (unión de multimedia y de hipertexto) viene a resumir las múltiples posibilidades que ahora se ofrecen: la capacidad de integrar en un mismo documento distintos tipos de medios (imagen, sonido, vídeo y texto) y la capacidad de pasar de un tema a otro sólo con pulsar una palabra o una zona determinada, de un modo interactivo. Además, desde WWW se puede acceder a otros servidores de Internet que tradicionalmente se ofrecían de modo individual, como son los citados FTP, Archie, Gopher... gracias a distintos protocolos; el protocolo de la WEB, orientado al uso interactivo de hipermedia se denomina HTTP (*HiperText Transport Protocol*), que utiliza un lenguaje estándar, que es el que recibe el nombre de HTML (*HiperText Markup Language*). Dada la enorme información que el fácil uso y las facilidades de acceso a la Telaraña Mundial ha generado, se han creado diversos motores de búsqueda, que pueden ir desde los más generales a los más específicos, siendo muy útiles los denominados Metaíndices (pp. 74-76), como el *MetaCrawler* (<http://www.metacrawler.com>), que permite buscar a un tiempo en los buscadores más comunes, como *Altavista*, *Infoseek*, *Lycos*, *Excite*, *Webcrawler* y *Yahoo*; o los buscadores de personas o instituciones, como *WhoWhere* (<http://www.whowhere.com>), con su correspondiente página española (<http://www.spanish.whowhere.com>) y el directorio español *Listin In-*

ternet (<http://www.lisitn.com>). A diferentes herramientas de búsqueda por la Telaraña Mundial se dedican las últimas páginas del libro, así como el capítulo tres ofrece una rica gama de posibilidades para la búsqueda de información bibliográfica (pp. 91-101), y el capítulo cuarto, sobre los recursos y centros de apoyo a la investigación (pp. 108).

Todas estas informaciones van complementadas por un disquete, en donde se han recogido de un modo sistemático (y así se va indicando a lo largo de la publicación en papel) las direcciones que puedan interesar a los investigadores, por lo que se ofrece un material muy valioso (y en su gran mayoría completo) que sirve tanto para aquellas personas que quieran introducirse en el manejo de Internet como aquellos otros que ya sean habituales usuarios de sus herramientas.

En *Internet para investigadores*, Francisco J. Martínez López, Paula Luna Huertas, Rodrigo Fernández Carrión y José L. Salmerón Silvera nos regalan algo más que una «relación y localización en la Red para investigadores y universitarios», como reza su subtítulo; este libro es un perfecto manual para que los usuarios de las distintas herramientas de la Red aprendan a mejorar su navegación, y para todos aquellos que ven en Internet sólo un medio para disfrutar de unas hermosas páginas en la pantalla de su ordenador, para comprender que Internet es algo más que navegar (en ocasiones sin rumbo) por una serie de páginas hipermedias.

En los próximos años estamos llamados a seguir escribiendo páginas (cada vez más sorprendentes) sobre este nuevo medio de transmisión del saber que se llama Internet; como en los próximos años tendremos que admitir el reto que ofrece a los filólogos y a los interesados en la literatura medieval el nuevo concepto de hipertexto y las posibilidades de dar a conocer nuestros trabajos científicos y nuestras discusiones más allá de la cátedra y del *codex*.

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS

Universidad de Alcalá

Giovanni Boccaccio, *La Teseida (Traducción castellana del siglo XV)*. Edición, introducción y notas de Victoria Campo y Marcial Rubio Áquez, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1996.

El estudio de las literaturas románicas ha de abarcar no sólo la génesis de los textos, sino también su difusión fuera de los ámbitos lingüísticos en que surgieron. Dos son las vías para esta difusión: la lectura directa y las traducciones. Para valorar el eco que en Castilla tuvieron los textos originales ha de empezarse por el catálogo de los códices italianos, franceses, catalanes, etc. que se conocieron en los reinos hispánicos (las páginas de esta *RLM* dan cabida a un catálogo de manuscritos románicos no castellanos de las Bibliotecas de Madrid). Pero la otra gran vía para la difusión de los frutos de las demás literaturas, la traducción, fue corriente sólo desde el s. xv. En realidad, ambos procedimientos, lectura directa de los textos originales y lectura de las versiones, no eran en absoluto excluyentes, pues las versiones más o menos literales